

ALFREDO VERDOY*

VICENTE CÁRCEL ORTÍ.
DIARIO DE FEDERICO TEDESCHINI

CÁRCEL ORTÍ, Vicente. *Diario de Federico Tedeschini (1931-1939). Nuncio y cardenal entre la Segunda República y la Guerra Civil española*, Prólogo de Ramón Corts i Blay. Barcelona: Editorial Balmes, 2019, 1085 pp. ISSN 978-84-210-0697-9.

Hace muchos años que el cardenal F. Tedeschini y el historiador V. Cárcel Ortí se encontraron; desde entonces no han dejado de estar juntos. Con el paso de los años, se han ido conociendo cada día un poquito más. Cuando nadie lo esperaba, el historiador se topó con un puñado de agendas, veintidós, de apretada letra, en las que el más famoso nuncio de la Santa Sede en España consignaba datos y referencias vitales desde 1899 hasta 1959, año de su muerte.

Muy diversos asuntos y referencias son los que aparecen en estas agendas: van desde los apuntes y anotaciones de las misas celebradas con sus correspondientes intenciones y estipendios a noticias de sus contactos y entrevistas con numerosas personas.

En el *Diario* que ahora presentamos se recogen, después de una minuciosa y nada fácil transcripción, el contenido de las agendas y diarios cinco, seis, siete, ocho, nueve y diez. La primera anotación está fechada

* Universidad Pontificia Comillas: averdoy@comillas.edu

en Madrid el tres de enero de 1931; la última en Roma el 10 de febrero de 1939, fecha en la que muere Pío XI. La presentación de los ocho años, salvo huecos muy notables en el tiempo, que aquí se transcriben es clara y diáfana. El trabajo del editor no ha sido poco. El *Diario* se nos presenta siguiendo el siguiente orden: primero, en numeración corrida entre corchetes el número de entrada; a continuación, el día de la semana y el número del mes. El haber optado desde el principio por la numeración entre corchetes le ha permitido al editor, confeccionar un índice onomástico y de materias, que, naturalmente, facilita el seguimiento no solo de la vida del purpurado italiano, sino el acercamiento a temáticas, personalidades y asuntos relacionados con la II República española y con la Guerra Civil.

Vicente Cárcel Ortí es de sobra conocido en el mundo de los historiadores; Federico Tedeschini, no tanto. Presentémoslo. Federico Tedeschi (1873-1959) nació en la Antrodoco, diócesis de Rieti, el 12 de octubre de 1873. Formado en los seminarios y ateneos romanos, consiguió, como era costumbre en su época, los grados de doctor en filosofía, teología y derecho canónico. Ordenado sacerdote el año 1896; en 1900 pasó a formar parte del servicio de la Santa Sede, en concreto de la Secretaría de Estado. En septiembre de 1914, Benedicto XV, de quien era amigo personal, le nombró sustituto de la Secretaría de Estado y consultor del Santo Oficio. Siete años más tarde, el 31 de marzo de 1921 le constituyó nuncio apostólico ante el Rey de España. Consagrado obispo por Benedicto XV, llegó a Madrid el 21 de junio de 1921. Desde entonces hasta el 11 de junio de 1936 permaneció en España. Finalmente, aunque su nombramiento no se hizo público hasta el del 16 de diciembre de 1935, fue elevado al cardenalato en el consistorio del 13 de marzo de 1933.

Su estancia en España, algo no habitual en las nunciaturas de su rango, se prolongó durante más de quince años. Su misión, durante tres regímenes —monarquía parlamentaria, gobierno militar del general Primo de Rivera y gobierno republicano— no fue fácil, especialmente durante el largo periodo de la II República. A menudo se sintió abatido, sobrepasado, solo y hasta atacado por quienes le tenían que defender y respetar; todos ellos, altos y medianos eclesiásticos españoles. Pese a las buenas ayudas que le prestaron los cardenales Gasparri y Pacelli, íntimos amigos, sus demandas de auxilio no fueron oídas por quien tenían que ser oídas y atendidas: el papa Pío XI. No resulta, pues, extraño que en algunas de sus anotaciones haya veladas críticas hacia él papa Ratti, que se traducen en sentimientos de desconfianza y falta de aprecio.

Hace un momento aludíamos, si es que se puede hablar así, a la cercanía y amistad de Cárcel Ortí con Tedeschini. Amistad y cercanía que se manifiestan de manera evidente en los cientos de notas que acompañan el texto del *Diario* del Tedeschini nuncio de España. En suma, gracias al trabajo de editor que Cárcel Ortí se ha tomado, este *Diario* revive, se hace legible, ameno, cercano e instructivo. La mayoría de estas notas están sacadas de la correspondencia diaria que el nuncio mantenía con la Santa Sede, tal como puede percibirse en las miles de páginas redactadas por Cárcel Ortí y que pueden leerse en los correspondientes tomos de *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano*, editados por la BAC.

Quien lea este *Diario* con el objetivo de encontrar en él las claves del comportamiento político y diplomático del gobierno de la Nunciatura durante la II República, tal vez no las encontrará. Las claves del trabajo diplomático de Tedeschini se encuentran en la correspondencia anteriormente citada, así como en algunos de sus memoriales y cartas de protesta dirigidas al presidente de la República española y sus ministros. Así, pues, este *Diario*, que minuciosamente alimentó durante tan difíciles y trepidantes años, no debe ser entendido ni como una extensión de su correspondencia con la Santa Sede, ni, tampoco, como un lugar secreto en el que el nuncio se refugiara para animarse y recordarse sus responsabilidades. Tedeschini anotaba en su diario aspectos y momentos de su vida, tan triviales como el orden y la distribución de sus paseos, el pago de las mensualidades de la nunciatura, el alza y valor de los movimientos de la Bolsa, sus relaciones con sus numerosos amigos y amigas, la mayoría de ellos pudientes y no menos poderosos, que, a nadie, exceptuando su propia persona, podían interesar. En consecuencia, su lectura nos permite reconstruir su distribución diaria; el contenido de algunas de sus entrevistas y audiencias, menos de las que nos gustaría conocer; el dinero ingresado y gastado; el valor económico y afectivo de los muchos regalos que recibía; la temperatura atmosférica y el estado de su salud física y psíquica; la fidelidad y cariño de sus amigos y las trampas y engaños de sus enemigos y opositores; los cientos de encuentros y celebraciones con sus amigos; y, finalmente, aunque menos de lo que sería de desear, el clima político y social en el que se desarrolló su vida y misión. Es, pues, un *Diario* en el que se mezclan, eso sí con mucho orden, asuntos menudos y triviales con fogonazos de la actualidad más rabiosa. De ahí, como se ha dicho, la importancia de las notas. Sin ellas este diario perdería mucho de su valor.

El *Diario* de Tedeschini nos permite conocer sus colaboradores ordinarios y sus asesores extraordinarios; entre los primeros destacamos al jesuita y canonista Fuster; al paúl, más adelante obispo de León y de Vitoria, Carmelo Ballester; a los sacerdotes Blay, Alfonso Toda, Echeverría, Santiago Monreal, Miguel del Castillo Rosales, Juan Bautista Calabuig, José Fernández Montaña y sobre todo a monseñor Crespi, quien, por su estado mental y su deterioro físico, le hizo sufrir en exceso; entre los extraordinarios al jesuita Nemesio Otaño, Ángel Herrera Oria y al cardenal Vidal y Barraquer y a sus asesores Carreras y Vilaplana.

Con el *Diario* en la mano se puede reconstruir, más exterior que interiormente, el mundo devocional de su autor. Todos los años en compañía del personal de la nunciatura, Tedeschini practicaba los ejercicios espirituales. Fueron sus ejercitadores habituales los jesuitas: Panizo, García Villada y Peiró. Igualmente, se mostró muy fiel a los retiros espirituales; los hacía mensualmente en la casa que las religiosas de la Sagrada Familia tenían en el barrio de Hortaleza. Fue muy devoto del Sagrado Corazón y muy fiel a las novenas, *vía crucis*, adoraciones eucarísticas, rezo del rosario, lectura del breviario casi siempre paseando por los alrededores de Madrid y examen particular. Un mundo devocional, completado por influencias femeninas, con nueva advocación a Cristo, la del *Amor Misericordioso*, y de la que se hará un activo propagador. En sus viajes y alocuciones espirituales regalaba imágenes y estampas del *Amor Misericordioso*, celebraba la misa en su honor; estaba más que convencido de la importancia de esta nueva devoción.

A decir verdad, en el *Diario* de Tedeschini ocupan mayor espacio sus relaciones con sus amigas y amigos que sus contactos con sacerdotes, incluidos los religiosos, y políticos. Evidentemente estos dos últimos grupos no están ausentes, pero comparativa y afectivamente están mucho más presentes los primeros que los segundos y terceros.

En su *Diario* no aparecen, pues, las dificultades y temores de los miles de párrocos que con la llegada de la República vieron alterada su vida ministerial y reducidos prácticamente a la nada sus recursos económicos. Son mucho más abundantes las referencias a los obispos. Sobresalen de manera manifiesta tres nombres: los de los cardenales Vidal y Barraquer, Gomá y Segura, sin olvidarse del obispo de Vitoria, Mateo Múgica. Del primero apenas se dice nada; a lo más se dan noticias de sus continuos viajes a Madrid y de los negocios llevados a cabo conjuntamente en defensa de la Iglesia. Del segundo, del obispo primero y después cardenal

Gomá, hay abundantes noticias; la imagen que del cardenal primado se nos dibuja es la de un hombre muy voluble e inseguro, pagado de sí mismo, lleno de miedos y sobrepasado por su misión, incapaz de mantener relaciones cordiales con casi nadie, intrigante y envidioso, receloso y rencoroso, siempre insinuante, poco claro y falsamente humilde. Del tercero, del cardenal Pedro Segura, casi todo lo que se dice es negativo; lo que se afirma del cardenal Segura en este *Diario* tal vez sea el reflejo de una larga enemistad cocida a fuego lento y de una ansiosa lucha por repartirse entre ambos el poder dentro de la Iglesia española, amén de una inconfesada ambición por ser ambos los primeros en el afecto y cariño de la burguesía española y sobre todo de la aristocracia y hasta del rey. Además de no quererse, ambas personalidades se repelían y se huían; clima, por el que tal vez se recojan es este *Diario*, rumores de la peculiar relación desde tiempo inmemorial del cardenal Segura con su cuñada Pepita. Tampoco, por idénticas razones, queda en buen lugar el obispo de Madrid: Eijo y Garay, amigo de los enemigos de Tedeschini. Gomá, Segura y Eijo Garay en vez de ayudarlo, le estorbaron, criticaron y le pusieron todo tipo de dificultades. Ellos tres y sus amigos políticos, lo que restaba del integrismo español, encarnaron, frente a la diplomacia y la prudencia política representada por el nuncio, la línea dura de la Iglesia frente al Gobierno de la República. Más allá de los sufrimientos padecidos personalmente por el nuncio en tiempo tan dificultoso, lo que se refleja en su *Diario* no son, únicamente, los avatares sufridos por la Iglesia española durante la República, sino las discrepancias entre los obispos a la hora de conducirse unitariamente en la resolución de problemas comunes padecidos por todos ellos. A modo de compensación, Tedeschini anotaba en su *Diario* con mimo y precisión todas las alabanzas, provenientes unas de los ministros y altos cargos del Estado, otras de los sacerdotes y religiosos y sobre todo del pueblo que lo aclamaba con vivas y aplausos al terminar algunas celebraciones y funciones religiosas en templos e iglesias de Madrid y que el nuncio traducía como el reconocimiento expreso a su buen hacer, siempre en defensa de la Iglesia, frente a las acometidas de la República. Las constantes alusiones a estas figuras de la jerarquía eclesiástica española opacan los encuentros, que también los tuvo, con obispos que querían el bien de la Iglesia y de España. Muchos, como parece obvio, fueron los encuentros con estos obispos, especialmente con los arzobispos; encuentros que a menudo finalizaban con almuerzos abundantes y bien regados y que el nuncio detalla y describe con precisión.

Siendo el presente y el futuro de los religiosos y de la vida religiosa uno de los asuntos más graves con los que se enfrentó la Iglesia a lo largo de la II República, no son demasiadas, en nuestra opinión, las referencias a los religiosos aparecidas en el *Diario* del nuncio. Por orden de importancia, consignamos aquí los encuentros que en torno a algunos momentos álgidos vividos por la vida religiosa —incendios del 11 de mayo de 1931, elecciones generales de 1931, aprobación de la Constitución de 1931, decreto de expulsión de la Compañía de Jesús, discusión y aprobación en la primavera de 1933 de la Ley de Confesiones y Congregaciones Religiosas— tuvo con sus representantes oficiales, unas veces para saber el estado de ánimo de los religiosos, otras para transmitirles tranquilidad y el modo cómo tenían que proceder, además de para informarles de sus constantes y autorizadas actuaciones y representaciones ante el presidente de la República y los distintos ministros ya fuesen en sus domicilios particulares, en las sedes de los ministerios o en el Palacio de las Cortes. Tedeschini, hay que reconocerlo, además de hacer lo imposible en la defensa de los religiosos, apoyó y propició la creación de una Comisión formada exclusivamente por religiosos para velar por sus intereses y para forjar una política y línea de actuación común. Fueron miembros de esta Comisión: los ya conocidos Otaño y Ballester, el claretiano Postius, el dominico Gafo, el franciscano Juan Rodríguez Legísima. Una comisión de la que el nuncio esperaba mucho.

Frecuentes, como es natural, fueron los encuentros tenidos con los jesuitas, representados por sus respectivos provinciales, el P. Medina, y por su Comisario en España, el P. Enrique Carvajal; sin olvidar en ningún momento al omnipresente Otaño y más adelante al padre Ignacio Romañá, encargado y responsable de la defensa de los bienes de la Compañía de Jesús. Por amistad siguió hablando y tratando con el Superior y con el Ministro del Colegio de Chamartín, padres Enrique Jiménez y Martínez Colom. Con el resto de los religiosos, quitando sus frecuentes encuentros con los miembros de la Comisión de religiosos, apenas se reunió. Los únicos religiosos que aparecen con cierta asiduidad son los redentoristas, quienes tenían sus cultos en la basílica de la nunciatura.

La presencia de las religiosas en este *Diario*, excepto la de las oblatas italianas que mantenían la nunciatura, es mucho más colorida y risueña que la de los religiosos. No se parecen en nada. Las que más aparecen son las Esclavas del Sagrado Corazón, cerca de setenta alusiones directas. Entre el resto de las religiosas las más presentes son algunas sus madres

generales y provinciales. El nuncio se servía a menudo de ellas como recaudadoras de su dinero, así como de los esplendidos regalos, alhajas litúrgicas y de otras muchas riquezas recibidos para con su ayuda, aprovechando sus viajes a Roma u otros puntos de Europa, ponerlos a buen recaudo: el 22 de abril de 1931 envió a Roma un cargamento de objetos de arte, muchos de ellos de mucho valor; la persona que los llevó a Roma fue Luz Rodríguez Casanovam fundadora de las Damas Catequistas; una vez en Roma, estos objetos serán depositados en manos de la Superiora General de las Esclavas de Montemario. Otra religiosa que gozó del afecto del nuncio, tal vez por pertenecer a la aristocracia española y estar al lado de los más poderosos, fue la Madre Maravillas, a la que recibía en la nunciatura y visitaba en el Cerro de los Ángeles. También estuvo muy cerca de las teresianas del P. Poveda, a las que ayudó económicamente en Madrid y más adelante en Roma. En tono menor, aprovechaba sus habituales paseos en busca de agua por los alrededores de Chamartín para saludar a las superiores del Sagrado Corazón y a las Reparadoras de Chamartín y en esa misma dirección geográfica madrileña convivir estrechamente con las religiosas de la Sagrada Familia residentes en el barrio de Hortaleza.

La nómina de los políticos españoles visitados por el nuncio Tedeschini fue muy amplia. No escatimó esfuerzos ni ocasiones para entrevistarse con ellos: los recibía en la nunciatura, los visitaba en sus domicilios particulares y en sus sedes políticas y ministeriales. En este cometido evitó siempre que pudo la prensa; pero cuando no podía zafarse de ella, daba igualmente la cara. Habituales fueron sus entrevistas y encuentros con Niceto Alcalá Zamora, Manuel Azaña, Fernando de los Ríos, Maura, Lerroux, Gil Robles, Zulueta, Leizaola, Ossorio y Gallardo, Marcelino Domingo, Portela Valladores y muchos otros. Con todos ellos procuró ser amable y leal; sin embargo, cuando veía la causa de la Iglesia traicionada sacaba su genio y en la medida de lo posible ponía las cosas y los argumentos en su lugar. Pese a las críticas recibidas por los integristas y por los que le consideraban demasiado blando y contemporizador ante los representantes políticos, fue respetado por la clase política republicana más templada.

Mucho más abundantes son las referencias que de la aristocracia, de la burguesía y de la gente de bien aparecen en su *Diario*. El rey Alfonso XIII, como cabeza de la nobleza y de la aristocracia, fue bastante asiduo en sus páginas. Alfonso XIII y con él muchos monárquicos e integristas como el Conde Rodríguez de San Pedro, íntimo amigo del cardenal Segura y

también del rey, no le perdonaron al nuncio su no intervención ante los gobernantes de la República para impedir su salida de España. Propalaron, entre otras cosas, la regalona vida que el nuncio llevaba en Madrid, su avaricia y afán por el dinero, su doble propiedad de dos palacios en Roma, los fuertes ingresos que le proporcionaba la nunciatura de Madrid, de la que liquidaba, tal como voceaba el exrey, un millón de pesetas al año, sin olvidarse del supuesto atentado sufrido por el nuncio en la Casa de Campo, motivado por unos supuestos celos de un enamorado al que perjudicaban algunos comportamientos del nuncio. El nuncio, en opinión de la duquesa de la Conquista, se había convertido en una obsesión para el rey. Todo lo que el nuncio hacía o dejaba de hacer era criticado por el rey y su corte. En lógica correspondencia, la mayor parte de las veces en que Tedeschini cita en su *Diario* al exrey Alfonso XIII es para criticarlo y denigrarlo: reproduce rumores eclesiásticos, provenientes de Francia, en los que altos eclesiásticos como el cardenal Maglione y el cardenal de Burdeos, monseñor Andrieu, comentaban con todo lujo de detalles la depravada vida moral del exrey de España.

Desde fuera, el lector de este *Diario* queda sorprendido de la estrecha relación del nuncio, comportamiento que no se oculta en ningún momento, con tres mujeres de la aristocracia madrileña: María Magdalena de Uhagón y Castellana, familiarmente conocida como Machalén, Carmen Manzano y Marita Soto, marquesa de San Eduardo. Sus visitas, especialmente de las dos primeras, fueron muy frecuentes. Casi diarias. Algunos días como el 8 de diciembre de 1935 le visitaron hasta tres veces. Hicieron de enfermeras y cuidadoras: le ponían inyecciones, le acompañaban en sus días de fatiga y cansancio, le preparaban las medicinas y cuando viajaba las maletas; comentaban y valoraban los regalos que recibía, le asesoraban en sus compras artísticas y litúrgicas, casi siempre de objetos de mucho valor económico y supuestamente de alto valor artístico. Eran las primeras en ver y apreciar todas las compras ordinarias y extraordinarias que hacía; en casos excepcionales «le colocan sobre su cama sábanas nuevas finísimas» o «una colcha de seda» y, para contentarlo, le prometían «regalarle buenos y caros abrigos de piel». Lo más frecuente, repetimos, es que pasasen el día con él; en el caso de Machalén desde la mañana hasta el final de la tarde, con pequeñas salidas al jardín y con abundantes tomas de fotografías. Ordinariamente celebraba la misa con ellas; también en ocasiones extraordinarias como la del 36 aniversario de su primera misa. Machalén y el nuncio se conocían desde el 27 de

noviembre de 1921. Dieciséis años después, el 27 de noviembre de 1937, celebraron un almuerzo para recordar y celebrar su primer encuentro.

Cuando estas dos señoras lo dejaban en paz, era Marita quien las sustituía. Marita testó a favor del nuncio, a quien le repetía con frecuencia que era la persona a la que más amaba. Los roces y celos entre ellas, de los que en todo momento fue testigo Tedeschini, fueron frecuentes, desabridos y hasta públicos. La más asidua, como se ha dicho, fue Machalén; sus largos encuentros, melodramáticos muchos de ellos, acababan frecuentemente en medio de discusiones y enfados sin sentido, especialmente por parte de Machalén, quien abandonaba la nunciatura de malas maneras y con cierta frecuencia criticando al nuncio. Sus visitas, además de impedirle trabajar, molestaban a los empleados de la nunciatura; nadie, salvo las religiosas paulas, presentes en la nunciatura durante al menos el otoño de 1935, estimaron que no era prudente que Machalén fuese todos los días a la nunciatura. Nadie comprendía sus enfados y reconciliaciones. En momentos de calma, Machalén le sugería al nuncio las decisiones que debía tomar con el obispo de Madrid al que, en su opinión, debía mandar fuera de la capital. Cuando los enfados entre Machalén y el nuncio llegaban a límites extremos, cosa que el nuncio consigna en su *Diario* con harta frecuencia, y este le ordenaba que no lo volviera a visitar, esta le respondía: que «ella había sido para él una madre durante 14 años». Relación extraña que roza con lo extravagante como cuando el día 19 de mayo de 1936, fecha del aniversario de la muerte del padre de Machalén, al no poder estar presente en la misa, el nuncio «deja el teléfono descolgado para que ella pueda escuchar la misa». Esta señora, pese al mal estado de salud del nuncio y a la gravedad de la situación política y social española, mayo de 1936, lo siguió importunando y cuando este, según ella, no le hacía el debido caso, tal como sucedió el 29 de mayo de 1936, fiesta onomástica de Machalén, esta, ofendida, acabó derramando abundantemente «sangre por la nariz» y, por supuesto, no aceptando ningún regalo.

Como era de esperar cuando Tedeschini dejó definitivamente Madrid, Machalén viajó a Roma y durante algún tiempo, en la práctica, moró en la residencia romana del exnuncio. En Roma llevaban una vida muy parecida a la que habían llevado en Madrid. Machalén, cada vez más irascible, lo transportaba de una parte a otra de la ciudad en un coche alquilado; no lo dejaba en paz. Cuando el nuncio tenía que atender a otras personas o asuntos, esta se alteraba hasta el punto de vomitar delante de él.

La simple lectura del periódico y del Breviario por parte del nuncio la irritaba. «Está siempre aquí», escribe Tedeschini el 29 de julio de 1937. Siempre está «en casa», «siempre conmigo». A Machalén, cada vez más celosa, cuando estaba en Roma la sacaba de quicio el que Tedeschini saliese a cenar con el matrimonio, también aristócrata, de Mary y Álvaro, costumbre que había practicado al menos durante dos días a la semana mientras residía en Madrid.

Al nuncio de la Santa Sede en España, acompañado por una verdadera cohorte de amigos de la aristocracia y de la burguesía, no parecieron afectarle mucho la pobreza de España y los graves problemas sociales y políticos por los que estaba pasando. No nos debe extrañar, por lo tanto, su modo de descansar. Además de sus diarios paseos por los alrededores de Madrid con preferencia por la Casa de Campo y los alrededores de Pozuelo y Majadahonda, Tedeschini era invitado por sus poderosos y pudientes amigos a pasar sus días de descanso y sus vacaciones con ellos. Algunas noches visionaba películas en sus salones y en el buen tiempo no era raro verle deambular y departir con los anfitriones e invitados en fincas como las del Alamín en Guadalajara, donde se jugaba al polo y se comía muy bien. Durante el verano de 1932 disfrutó de unas espléndidas vacaciones, por supuesto gratis, en Villagarcía de Arosa y en la ría de Vigo; en el otoño de ese mismo año visitó una vez más la ciudad de San Sebastián, moró en una villa pagada por sus amigos Marita y Eduardo. El verano y otoño de 1935, por motivos de salud y agotamiento, los pasó en Ávila. En sus viajes no escatimaba nada. Provisto de una cesta bien surtida de alimentos y refrescos, viajaba en el coche-cama del tren. Estar en contacto con un público tan selecto le permitía participar de sus pequeñas intrigas, sintiéndose de esta manera miembro natural de este grupo social. Grupo que lo mimaba y hacía espléndidos regalos, especialmente en tiempo de navidad y durante su onomástica. Regalos que anotaba y valoraba más económica que afectivamente en su *Diario*. Los regalos recibidos durante la navidad de 1932 fueron valorados por él mismo en muchos miles de pesetas. Valoración que no le sacaba de su tacañería habitual, que malamente compensaba con pequeños regalos, a veces los que le habían regalado, a sus colaboradores y a los empleados de la nunciatura. Sí que se mostraba, en cambio, muy espléndido entregando y dedicando sus retratos. A estos regalos habría que añadir las abundantes sumas de dinero provenientes de las generosas aportaciones de sus amigos espirituales, quienes le entregaban para la época elevadísimas

cantidades de dinero a modo de estipendios por misas, funerales, bodas, bautizos y celebraciones onomásticas: lo mínimo eran 500 pesetas; lo habitual, 1000. Todas estas cantidades quedaban debidamente consignadas en sus minuciosas agendas.

Además de lo dicho, temas recurrentes, muy presentes en el *Diario* de Tedeschini, fueron su salud y fama, amén de sus preocupaciones económicas. El nuncio apuntaba con todo el lujo de detalles, prácticamente todos los días, su estado de salud. Sus anotaciones nos permiten acompañarlo por las consultas de los más famosos doctores de Madrid, así como conocer todos sus diagnósticos y el nombre de todas las medicinas recetadas y tomadas. Además de sus habituales «enfermeras», Carmen y Machalén, Tedeschini fue atendido por los doctores Moreno Zanardo, Blanco Soler, Tapia, Larroux y Carrascal. Los visitaba y era por ellos visitado con mucha frecuencia. Su estado psíquico y espiritual dependía mucho de su estado físico. Vivía muy pendiente de sus dolores, achaques y de todo cuanto necesitaba para recuperarse; no dudaba en instalar una gran bañera para combatir con baños de agua caliente y refriegas convenientes sus dolores de ciática y reumas. Con frecuencia bañaba sus pies «con mostaza»: y siempre estaba pendiente de su garganta. Como hipocondriaco que era, estuvo siempre pendiente de su corazón, del estado de su presión arterial y de su estado físico general. Muy relacionado con el estado de su salud fueron las continuas y permanentes referencias a los aplausos y vivas que recibía en algunas de sus visitas a iglesias y centros católicos.

No era menor su preocupación por el dinero. Anotaba todas las cantidades, por pequeñas que fuesen, que salían o llegaban a sus manos. En una economía boyante como la suya, apuntaba hasta con céntimos lo que mensualmente pagaba a su chofer y a sus empleados domésticos. Vivía muy preocupado por el alza y la baja de la Bolsa, por las acciones y valores. En cuanto llegó la República puso a buen recaudo, es decir en lugar seguro, parte de su patrimonio personal y una buena parte del dinero de la nunciatura. El 24 de junio de 1931 logró sacar 60.000 pesetas. Su sueldo no era desdeñable: 2.500 pesetas al mes. Sin embargo, a partir del 9 de marzo de 1933, cuando las Cortes suspendieron los honorarios del presidente de la Rota, dejó de recibir unas 36.000 pesetas al año, sufragadas por el Estado español. Ante este hecho, Tedeschini se quejó amargamente. Sus recursos, sentía, no eran, pues, seguros.

Dejó España el viernes 12 de junio de 1936. Una vez en Roma, se le impuso el capelo cardenalicio el 18 de julio. Aun cuando su *Diario* recoge

con atención, detalle y dolor los acontecimientos posteriores a las elecciones de febrero de 1936, una vez llegado a Roma, la tragedia en la que España vivió, excepto el apresamiento y la muerte de don Pedro Poveda a manos de los comunistas, algunas noticias venidas de Cataluña y poco más, se evaporó para siempre de las páginas de su *Diario*.

Pese a haber dejado la nunciatura, el Vaticano le sigue considerando experto en España por lo que el 17 de diciembre de 1936 participó en la Congregación de Asuntos Extraordinarios sobre España. Por estos mismos días mantuvo conversaciones con Gomá y con algunos otros obispos, excepto con Segura, que llegaban a Roma o vivían como refugiados en ella. Uno de sus interlocutores fue el consejero franquista Antonio Magaz, quien afirmaba que el antiguo nuncio de España, era «desafecto al actual Gobierno», se entiende de Franco. Magaz, continúa diciendo Tesdechini, deseaba que el exnuncio influyese favorablemente en la Congregación de Asuntos Extraordinarios para que la Santa Sede reconociese al Gobierno de Burgos. En esta misma línea, diversas personas, entre ellas el jesuita Pérez del Pulgar, le presentan a Pacelli, con permiso del General de la Compañía, un largo *memorandum* por el que solicitaba que Roma nombrase cuanto antes un nuevo nuncio. Deseo que pronto se hará realidad con el nombramiento de monseñor Cicognani como nuncio de España.

Solo cuando Lisardo Díaz y Antonio Ludueña, empleados de la nunciatura, le hablaron durante mucho tiempo «de la horrible revolución española», se movilizó e hizo todo lo posible por salvar, primero, a sus amigos Álvaro y Mary y, posteriormente, a otras personas.

En las últimas anotaciones de su *Diario* sobresalen las visitas que recibe de Madrid —Machalén se lleva la palma—, así como su preocupación, esfuerzo y decepción, todo a partes iguales, a la hora de lograr un trabajo acorde con su categoría de cardenal. Trabajo que le asegurase su presente económico y le garantizase una buena y espaciosa vivienda. Poco más se encierra en su *Diario*. Dicha aspiración se hizo realidad el 7 de febrero de 1938; ese día se le confería el cargo de prefecto datario; cargo que comportaba: un amplio apartamento y un seguro sueldo.

De nada sirve enjuiciar la vida de una persona y mucho menos servirnos del testimonio de un alto eclesiástico, por muy relevante que sea, para valorar la vida de los eclesiásticos y, desde ella, la vida y la misión de la Iglesia. Tedeschini, como humano, como eclesiástico de una época muy concreta y como persona libre que fue, optó, desde lo más nuclear de su persona por un estilo de vida muy particular. Ni más ni menos.